

Marsal no sólo se ha interesado en este caso por la mera trayectoria intelectual de su personaje. Sabe perfectamente que las buenas o malas pasiones trascendentales están estrechamente vinculadas a la manera de ser y proceder de los individuos. Con precisión y ecuanimidad realmente ejemplares, y sin dejarse sobornar por el peso de los méritos de la figura elegida, el biógrafo clava visceralmente y sin miedo su afilado bisturí en la controvertida personalidad del insigne profesor germano hasta presentarlo en una dimensión insospechada. Así, el lector valorizará los rasgos de una a veces retaceada grandeza y los traumas más lamentables y minimizadores de este Weber, que «no es un reaccionario», como alguna vez insinuaron Lukacs o Marcuse—esclarece Marsal—, sino «un hombre que afronta arcaicamente la arrebatadora realidad de su tiempo».

A las ya destacadas facetas de riguroso investigador que evidencia Francisco Marsal, habría que adicionar también a su favor la magnífica prosa en que se sustenta indiscutiblemente otro de los atractivos del presente estudio.—A. F.

TONI VICENS: *Conocer Rousseau y su obra*. Editorial Dopesa 2, Barcelona.

Incursionar en la biografía intelectual de Juan Jacobo Rousseau no es otra cosa que poner al descubierto la vida multifronte y casi increíble de uno de los personajes más importantes que conforman la historia cultural de la humanidad.

Así lo ha entendido el escritor Toni Vicens, y fruto de esa convicción es este volumen, pequeño, pero sustancioso, que revisa y reseña exhaustivamente lo más significativo en la trayectoria del insigne iluminista.

Ensayista imparcial e incisivo, Vicens conoce profundamente la figura que aborda, pero en ningún momento su admiración o sus fervores logran anular la ecuanimidad de su juicio frente a una personalidad difícil de penetrar, disminuida proverbialmente por ciertos críticos desaprensivos o elevada por otros hacia un injusto grado de gigantismo universal.

Y para subrayarnos de qué manera la ubicación de su biografiado ha ido variando a través del tiempo, Vicens nos dice:

«Antes de conocer a Rousseau, las imágenes eran vagamente las de una especie de humanista ramplón, un poco hippy, un poco bonachón, amante de una especie de naturaleza hecha de plantas y hombres libres.»

Sin embargo, auscultando y rectificando continuamente sus puntos de vista con la serenidad que le depara una experimentada dimensión tem-

poral, llega por fin a consumir el rescate de la verdadera individualidad roussoniana.

El pensador, el aventurero, el sociólogo de múltiples matices, el musicólogo, el novelista, el autor teatral, el botánico, el etnólogo, el hombre de derecho y medicina (para corroborarse y corroborar a su prójimo jurídica y corporalmente), están perfectamente delineados y analizados en esta introspección tan bien multiplicada como dividida.

Plasmar en un tomo de 125 páginas el retrato intelectual del autor de *Emilio* y *El contrato social* no era tarea fácil. Sabido es que Rousseau, con Montesquieu y Voltaire, forman el trío de los racionalistas mayores del Siglo de las Luces. Sin embargo, aquél es el más indomable, el más extremista de esta lúcida conjunción. Él se confesaba y predicaba en favor del advenimiento de una universalidad igualitaria; así llegó a propugnar la destrucción de las estructuras vigentes, por cuanto las consideraba, ya por ese entonces, anacrónicas, inadecuadas e insoportables para complacer las ambiciones más elementales del individuo.

Vicens cala honda y cuidadosamente en todas y cada una de las singularidades que constituyen la complejísima esencialidad personal del «ginebrino sin par», como le llamaron algunos pocos admiradores de su tiempo. Con prosa ágil y atrayente, que no deja lugar para lo retórico ni para lo superfluo, el biógrafo va reconstruyendo brillantemente el confuso *puzzle* tradicional para esclarecerlo y restituirnos, a la postre, una presencia más saneada y veraz del ilustre polígrafo del siglo XVIII, a quien, por muchas razones, necesitamos conocer auténticamente.

El presente breviario, que seguramente servirá para promover más de una polémica, ha sido editado con la sobria dignidad tipográfica ya tradicional en las ediciones Dopesa 2.—ARIEL FERRARO (*Alfonso XIII*, 19, 1.º B. MADRID-18).

NATALIA GINZBURG, LA FRAGILIDAD Y LA MESURA

A través de *Las pequeñas virtudes* habíamos entrado en contacto con ese mundo de las pequeñas cosas, ese mundo de lo cotidiano, de lo irremplazable, lo aparentemente nimio que nos daba toda la talla de una escritora de gran sensibilidad, capaz de desmenuzar al hombre y a sus gestos, esos gestos que, bajo la pluma incisiva de Natalia Ginzburg, comienzan a ser reveladores. Ahora, la Editorial Dopesa presenta, bajo el título *Nunca me preguntes*, una selección de artículos publicados por

la autora entre 1968 y 1972, selección que incluye unos desenfadados intentos de crítica y lo que la propia autora confiesa ser su experiencia autobiográfica, es decir, algo similar a un Diario no sistemático: «estos escritos son lo más parecido a ello en el sentido de que he ido anotando todo aquello que deseaba recordar o que opinaba».

No es tarea fácil entregarse a la crítica de una obra como la que tenemos entre manos porque, precisamente, al ser algo que media entre la confidencia y la charla de café, escapa a las categorías habituales con que podemos enfrentarnos a un género literario, ya sea novela, poesía, teatro o simplemente ensayo crítico, y uno se ve tentado a dejarse llevar por los estímulos de la autora y a seguir su misma técnica metódica, que viene a resumirse en un criterio de «a mí me gusta», «a mí me parece», huyendo de todo intento de formalización y, desde luego, de academicismo. Por eso, recogiendo esa montera que ella nos brinda, me he sentido inclinada—y esta utilización de la primera persona es ya reveladora de dicha influencia—a enfrentarme con el libro de la Ginzburg con una actitud sugerida por ella en sus propias críticas.

Dentro de esa tónica intimista y confidencial que, como decía antes, tiene un poco el tono de charla de café, todo puede decirse y puede decirse, por ejemplo, con qué sorpresa descubrí yo un día que una escritora de sensibilidad curiosamente femenina, que me atraía aunque me irritaba, no era alemana, austríaca o de una nacionalidad más o menos nórdica, como hacía pensar su apellido, sino italiana, y una italiana nacida en Palermo, con varios años de su infancia transcurridos en Turín y una madurez de escritora inmersa en el mundillo romano. Tal vez de ahí derivó una casi total incompreensión ante ese mundo de pequeñas cosas y gentes insignificantes, producto de esa personalidad «alemana» no encuadrable en un contexto, demasiado mediterráneo, demasiado próximo, en definitiva.

Confieso, y sigo dentro de esa tónica personalizante que ella imprime a su crítica, que quizá por eso nunca pude dejar de sentir una cierta antipatía hacia esa escritora que me parecía demasiado «femenina», que se centraba con obsesión paradigmática en lo nimio para descubrir esos recónditos escondrijos en los que yo, como supongo que cualquier otra mujer en una sociedad similar, me vetía, nos veíamos reconocidas y, para colmo, sin ningún adorno y grandilocuencia. Y, sin embargo, ese mundo de lo aparentemente no literaturizable es el que la Ginzburg sabe contarnos con una maestría que sólo puede estar vinculada a un gran talento y a una determinada sensibilidad.

El libro que ahora presenta Editorial Dopesa es una ordenación deslabazada, hecha por la propia autora, de distintos trabajos; unos, claramente autobiográficos, siguiendo la línea iniciada en *Las pequeñas*

virtudes y otros destinados a dar una visión crítica de una película, un cuadro, una ópera, etc.

Uno de los artículos lo dedica la autora, precisamente, a enjuiciar la labor de la crítica y echa de menos una crítica seria, crítica que, según ella, debe ser siempre dura y lúcida, cumpliendo la labor del padre, ya que «nosotros no tenemos necesidad de un pariente o un compañero de juego», pero es esta norma de «objetividad» (que, por otra parte, habría que discutir) la que la autora quebranta una y otra vez cuando enjuicia cualquier manifestación artística, y la quebranta mediante una modestia, a veces un poco ofensiva, que participa de ese tono de «buena señora» con que la imaginamos, sentada en la camilla, contemplando, tras años pasados de vida aventurera, cómo los demás, que «saben», se meten en líos, mientras ella, «pobrecita ignorante», les mira por encima del hombro con cierta condescendencia. A veces el lector puede sentirse irritado por ese aire de «... no sé, pero opino que» con que Natalia Ginzburg se enfrenta ante la crítica en distintos temas. Esa actitud se concreta en opiniones deshilvanadas, pretensiosas a veces y algo altaneras, pero corregidas inmediatamente por unos ojos bajos, un «perdone usted», «esto que digo no tiene que tenerlo muy en cuenta», que nos parece participar más de la crítica de «pariente o compañero de juego» que de la crítica entendida como labor lúcida y esclarecedora. Y bajo este cúmulo de disculpas que, significativamente, podemos encontrar en casi todos los artículos («suponerme dotada de una cualidad de cultura y de penetración social que de hecho no poseo», «aquellos que como yo no entienden de política y que si hablasen de política dirían sólo banalidades e imbecilidades», «y era debido a mi ignorancia porque, como es sabido, los *naifs* yugoslavos son famosísimos», «no entiendo de música», «entiendo muy poco de pintura») la escritora, desafiante a pesar de todo, o revelando una presentida seguridad bajo esa falsa modestia, se atreve a adentrarse en los más diferentes terrenos con un «a pesar de todo, creo que...» y entonces es cuando tenemos que acabar por decir que ese *a pesar de todo* es el que confiere el encanto a la obra de la Ginzburg, cuando la despojamos de esa ñoñería descuidada de viejecita simpática que osa inmiscuirse en terrenos donde «¡Pobre de mí, qué voy a hacer yo!»

Pero, y esto es lo fundamental del libro, esas críticas tienen interés por ser simple manifestación del *yo* grandísimo de la autora, de su sensibilidad, una vez más, y de ese mundo, captado con una intuición que, desgraciadamente, sólo podemos llamar femenina (no debemos olvidar que esta misma escritora es autora de relatos de tan admirable sencillez y de tal perfección como *La Madre*, incluido en una Antología de Autores Italianos, publicada recientemente por Alianza Edi-

torial). Por eso lo más interesante de esta compilación no es ni su valor crítico, ni siquiera su valor literario, en la mayoría de los casos no buscado, sino el destaparse de un alma sensible ante diferentes aspectos de la vida y el arte, algo así como un Diario, tipo Anaïs Nin (la otra gran sensibilidad femenina) encuadrado en un marco no conceptualizado y culturalizante, sino en la acción de cada día, en la que los pequeños problemas adquieren dimensión globalizadora. Por eso los más bellos trabajos son aquellos en los cuales esta cualidad de Diario íntimo se hace más patente, es decir aquellos relatos como «Los bigotes blancos» o «Los interlocutores», que son confesión de una escritora en su madurez, contemplando desde el tendido cómo todo se desmorona, cómo se pierde el gusto por lo individual, por esas cosas sin aparente importancia, que formaron de hecho toda su vida. Quizá nada defina mejor el estilo y la obra de la Ginzburg que sus propias palabras para enmarcar a Goldoni: «tenemos la sensación de adentrarnos en una realidad doméstica, clara, exigua, nítida y precisa. Nos gusta su minucia, la gracia, la fragilidad y la mesura».

Y una vez más tendríamos que terminar pidiéndole perdón, porque el crítico en vez de portarse como tal ha hecho de compañero que guiña el ojo, mientras saborea la copa de ginebra y dice: «No, eso que dices está bien, pero...», aunque en este caso fuera conscientemente y como homenaje a la escritora.—*LOURDES ORTIZ (Autol, 3. MADRID).*

NOTAS MARGINALES DE LECTURA

VICENTE HUIDOBRO: *Ultimos poemas*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Este es un pequeño volumen en el cual se recogen también un reducido número de poemas del chileno Vicente Huidobro. En estos poemas volvemos a encontrarnos con la magia inequívoca de ese gran poeta que fue Huidobro, gran poeta no solamente en el sentido inmediato que suele dársele a este vocablo *gran*, manoseado hasta lo imposible. Lo de gran poeta cuando hablamos o nos referimos a Huidobro tiene otra carga y otras implicaciones. Aquí la grandeza viene condicionada por su sentido de amplitud visionario del universo poético.

Sin lugar a dudas, Huidobro fue uno de los *grandes* artífices de la expresión poética contemporánea. No cabe duda tampoco que su labor

se vio itnerferida por una serie de circunstancias ajenas al valor poético, esto ha hecho que su reactualización se nos esté haciendo lenta, mediatizada. De aquí la importancia de esta publicación de sus últimos poemas, realizada en México por la Universidad Autónoma.

El volumen viene precedido por un breve pero lúcido y completo estudio sobre el poeta, realizado por otro chileno, Hernán Lavín Cerda. En él, Lavín Cerda nos da una perfecta visión del momento histórico en que surge la poesía de Huidobro y de la significación que su poesía tiene y lo que ésta representa dentro del contexto contemporáneo: «¿Qué representa Huidobro? Nada menos que el edénico rescate del verbo convertido en cuerpo sensible. Escritura concebida libremente, del mismo modo como la naturaleza puede concebir un árbol. A partir de esta energía, ya todo es posible. Las palabras no estarán obligadas a comportarse servilmente (...). La realidad ficticia no tiene la obligación de ser el espejo pasivo y parasitario de la realidad».—G. P.

LUIS ANTONIO DE VILLENA: *El viaje a Bizancio*. Provincia. Colección de Poesía. León. España, 1978.

No era tarea fácil, aunque estemos guiados por nuestros mejores deseos, entregar una visión que pueda dar una aproximación al contenido y significado de muchos de los libros que debemos reseñar. Entre éstos con toda seguridad se halla *El viaje a Bizancio*, de Luis Antonio de Villena. Este es un conjunto de poemas en que existe una serie de factores esenciales que son los que le otorgan su unidad, unidad que es una voluntad de contenido y forma.

Luis Antonio de Villena pertenece a una raza de poetas que construyen su expresión sin los temores de los que se encierran en un querer lo formal sin amar la forma en su sentido más significativo; la dinámica vital que muchas veces rompe el entorno para hacerse realidad expresiva. En este aspecto, De Villena nos sorprendió con un lenguaje rico, lleno de aciertos y con un gran dominio en cuanto a su arquitectura que no renuncia a la incorporación de otros elementos sabiamente combinados. Las interpolaciones ajenas contribuyen a producirnos los efectos de una variedad de dimensiones, medio por el cual las imágenes se nos hacen más cargadas de significado. El lenguaje en este libro, en estos poemas, es sin lugar a dudas el logro de una búsqueda: «bajo la égida del lenguaje, se aúnan dos intentos: el inicio de una poesía experiencial, que no renuncia al bagaje estético, y otra poesía de las sensaciones».

Luis Antonio de Villena nació en Madrid en 1951. Su primer libro, *Sublime Solarium*, en 1971, marca la aparición de un poeta perfectamente consciente de sus elementos poéticos, que irán a ser su material expresivo en el futuro, y con los cuales conformará la realidad de su mundo sensorial, amplio en registros emocionales.—G. P.

EDNODIO QUINTERO: *El agresor cotidiano*. Cuadernos de Difusión Narrativa. Edición de la Dirección General de Cultura de la Gobernación. Caracas. Venezuela, 1978.

En una ocasión anterior y en estas mismas páginas tuvimos oportunidad de comentar un libro de singulares características, donde una prosa ágil y llena de aciertos narrativos nos mostraba a un escritor del cual poco o casi nada sabíamos. Este libro era *Volveré con mis perros*, Monte Avila Editores, su autor era Ednodio Quintero, el mismo que ahora nos ha deparado este reencuentro con su prosa en la lectura de *El agresor cotidiano*.

Esta última obra del narrador venezolano no ha venido sino a consolidarnos las cualidades que ya se nos habían hecho presentes en *Volveré con mis perros*. Pero hemos de subrayar que su más reciente libro, el que es motivo de esta reseña, nos ha sorprendido por su naturaleza ambivalente, que le permite a Quintero gozar de un mayor despliegue de recursos imaginativos. En este libro la poesía y la prosa logran una perfecta unidad expresiva; los límites de ambos géneros se fusionan para darnos unas descripciones cargadas de sugerencias. Existen momentos en que tenemos la absoluta certeza de hallarnos ante un poema, y esto porque en su realidad más profunda este libro es un conjunto de poemas unidos por un deseo de aproximarnos, por el poder desdoblador de la imagen, a un mundo rico en referencias cotidianas, pero descritas y observadas con una mirada enriquecedora, en la cual esta realidad cotidiana, este describir seres, adquiere un sentido mágico que los hace representación de un mundo autónomo regido solamente por la fuerza generadora de un acto creador.

Ednodio Quintero nació en Los Andes venezolanos y reside en Mérida. Se dio a conocer como narrador con sus publicaciones en diarios y revistas. Ha publicado *La muerte a caballo*, además de *Volveré con mis perros*.—G. P.